



El fuego

Martina Herman





El Fuego —

Martina Herman

¿Dónde dejé las llaves? Las llaves, las llaves, las llaves, dónde las dejé... Pensá, Mariano, pensá... A la mañana temprano después del café saliste apurado con tu maletín, la corbata a medio poner, el saco en la mano y la manzana mordida que quedó de ayer. Saliste casi haciendo malabares, como un torbellino pasando por la puerta. Pero, justo antes de cerrarla te acordaste que sin las llaves no podías volver a entrar, aunque eso ahora mucho no importa. Llegaste al trabajo, todo el mundo estaba actuando raro, como incómodos. Nadie decía palabra, miraban alertamente para todos lados. Rarísimo... Llegaste hecho un remolino todavía y dejaste caer tus cosas sobre el escritorio, haciendo ruido, tirando la abrochadora y algunos portalápices con lapiceras que ya no andan. Tus vecinos se asustaron y saltaron un poquito de su asiento llevándose una mano al pecho. Cuando vieron que eras vos, el inofensivo, ingenuo y cuatrojos que le alcanza el café a todos, se tranquilizaron. Mariano el cuatrojos, Mariano el del café, Mariano al que





El Fuego —

Martina Herman



siempre se le cae algo, Mariano aquello, Mariano esto. Seguro ninguno sabe mi apellido. Horas y horas sentado en ese escritorio frente a una computadora, rodeado de paredes grises y gentes grises, escuchándolos hablar y hablar y hablar hasta el cansancio de todas las cosas que habían hecho Dante y Santi con sus novias y lo amargada que está Julieta desde que cortó con el que ahora es su ex hace dos semanas, que Camila y Joaquín ahora están peleados... tan amigos que eran. Y uno que pensaba que era una amistad de verdad... Bah no tiene por qué no ser de verdad, aunque se peleen, supongo que las amistades de verdad también se pelean, aunque no creo que tan seguido como Milagros y Joaquín, esos dos sí que se peleaban mucho. Dicen que los que se pelean se aman, y para mí Joaquín siempre quiso estar con Cami... ¿Qué hice después? Ah, sí. Fui a la cocina a preparar el café, de nuevo, como todas las mañanas. Me engancharon a mí el papel de cafetero porque dicen que soy el único al que le hace hacer café de filtro rico... pero el otro día escuché que Tomi había invitado a un par de chicos



El Fuego —

Martina Herman

a una degustación de café... supongo que no puedes ir a una degustación de café sin saber hacer café que no sea instantáneo, pero bueno cada uno con sus cosas. Hice el café y me quedó riquísimo, como siempre. Justo saliendo de la cocina, hay un pasillo largo, largo, largo que hay que cruzar para llegar al espacio compartido donde están todos los escritorios con las computadoras. El mío siempre está desordenado. A veces me parece que los chicos me lo desordenan en chiste, pero no estoy seguro. Nunca los vi. Mi mamá me enseñó a nunca acusar a nadie sin tener una prueba, pero el instinto no miente. Salí con mi taza en la mano, sin azúcar ni nada porque tenía trabajo apilado de hace un par de días y si no lo terminaba hoy, alguno de los de arriba se iba a enterar y nunca pasan cosas buenas cuando los de arriba se enteran que estás atrasado, no importa por qué motivo. Las paredes del pasillo son como de pelito, ese que parece suave, pero en realidad es duro, duro casi como cemento. Tiene un color raro, como magenta tirando a bordó, o como un rojo vino. El piso es de estuco, creo que



El Fuego —

Martina Herman



se llama así. Me acuerdo porque suena como el tucó que le ponemos a los fideos los domingos cuando nos juntamos a comer pasta en lo de la abuela. Hace mucho que no la veo. No creo que me extrañe mucho, no me llamó, ni mandó un mensajito ni nada. Mañana la llamo, debe de haber estado ocupada. En general trato de cruzarlo rápido, la calefacción ahí se concentra mucho más y encima que soy claustrofóbico siento que me ahogo. Empecé a caminar, paso tras paso. Primero el derecho y después el izquierdo, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo. Empecé a sentir la calefacción más caliente, seguro estaba entre 25 y 27 grados Celsius. Bastante. Derecho, izquierdo. Derecho, izquierdo. El pelito, la pelusa de las paredes comenzaba a acercárseme, como si quisiera susurrarme un secreto. Derecho, izquierdo. Derecho, izquierdo. El pasillo se hizo cada vez más largo, la taza cada vez más caliente. Derecho, izquierdo. Derecho, izquierdo. Sentí algo detrás, había apagado toda la luz de la cocina, porque después me echan la culpa de que yo gasto toda la luz. La única iluminación presente era la del final, que



El Fuego —

Martina Herman



era cada vez más pequeña, más tenue. Sentí mi pie izquierdo chocar contra algo duro, grueso y el derecho no pudo mantener el ritmo y dejó que la pierna izquierda se doblara, flexionara y comenzara a caer. Primero la pierna izquierda, luego la derecha se le cruzó. El costado de mi lado derecho. El café voló y cerré los ojos esperando que eso lo evadiera. No me quemé, pero el golpe en la cabeza me dolió. Se me rompieron los anteojos y me agarró sueño. Sueño, calor, sudor, enojo, fastidio, apuro. Enojo, fastidio, apuro. Me quedé ahí tirado un rato, ya no sé bien cuánto. Cinco minutos o veintiocho. Treinta y cuatro o cincuenta y tres. Cuando ya estaba más despierto y quise empezar a levantarme, esa luz tenue, lejana del final del pasillo se volvió más cercana y más fuerte. Luminosa irradiando calor y energía, fuego y rabia. Todo arder tiene algo de enojo; o algo de amor. Al final son lo mismo. Pregúntenles a Joaco y a Cami que se pelean rabiosos todos los días, pero vuelven siempre a casa después de la oficina en el subte sin falta, charlando como si nada. Esa luz se me acercó, cada vez más cerca, cada



El Fuego —
Martina Herman



vez más alrededor. Intenté con mi mano izquierda sacarme la corbata y desabrocharme los botones de la camisa, tal vez quitármela. Un dolor punzante subió desde la muñeca izquierda hasta el hombro izquierdo, siguiendo por el cuello llegando hasta la nuca. Grité. Nadie me escuchó. La luz llegó. La tuve al lado; o arriba. Todo alrededor. ¿Era luz?, ¿fuego? ¿calor? Era rabia, enojo, ira. Amor, pasión deseo. Muerte. Lo supe en ese instante. ¿Dónde dejé las llaves? Las llaves, las llaves, las llaves, dónde las dejé... Pensá, Mariano, pensá...